

**REY
DESNUDO**
REVISTA DE LIBROS

Dossier: Historia de las Juventudes en América Latina

Pablo Augusto Bonavena y Mariano Millán, comps.
Los '68 latinoamericanos: movimientos estudiantiles, política y cultura en México, Brasil, Uruguay, Chile, Argentina y Colombia (Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani-Universidad de Buenos Aires, CLACSO, 2018).

Katia Escalante Monroy
Investigadora Independiente
ke_monroy@yahoo.com.mx

Fecha de recepción: 23/10/2019
Fecha de aprobación: 15/11/2019

Los artículos que se reúnen en *Los '68 latinoamericanos: movimientos estudiantiles, política y cultura en México, Brasil, Uruguay, Chile, Argentina y Colombia* aportan elementos importantes para la mejor comprensión de las movilizaciones estudiantiles que han tenido lugar en distintas partes del mundo. En el capítulo introductorio, “Un análisis crítico de las interpretaciones sobre los movimientos estudiantiles de los ‘60”, Mariano Millán realiza un pormenorizado análisis historiográfico de la producción de autores que a nivel internacional —partiendo de diferentes disciplinas— han abordado el ciclo de protestas de 1968, desde los estudios pioneros hasta los más recientes. Señala sus virtudes y limitaciones y realiza un balance de los aspectos que, a su consideración, deben ser tomados en cuenta en futuras inves-

tigaciones. Esto permite al lector poner en el contexto de la producción académica los siguientes nueve artículos en los que se presentan estudios de caso referidos al contexto latinoamericano.

Cabe señalar que, si bien todos parten de un balance sobre el 68, en el cual explican sus orígenes, desarrollo y los debates ideológicos más importantes de la época que están muy bien contextualizados, cada uno de ellos profundiza en temas distintos, abordados desde diferentes perspectivas. Además, si bien los primeros seis capítulos —a cargo de José René Rivas Ontiveros y Gloria A. Tirado para el caso mexicano, Juan Ignacio González y Vania Makarian para Brasil y Uruguay, y los de Francisco Tobar, Pablo Bonavena y Juan Sebastián Califa para Chile y Argentina— privilegian el estudio del movimiento estudiantil y sus repercusiones en la vida política, académica, social a corto o mediano plazo, los siguientes tres capítulos siguen una estrategia diferente, pues el '68 es abordado en función del papel que jugó en movimientos estudiantiles posteriores y, en este sentido, es abordado desde el presente.

Así que lo mismo se estudia el '68 que sus "usos" posteriores. Este es el caso del estudio de Edwin Cruz Rodríguez sobre las movilizaciones de 1971 en Colombia, el de Yann Cristal referido a las ocurridas a inicios de los ochenta en Buenos Aires, y el de Rubén Kotler y Diego Carrizo concerniente a las de Tucumán en el 2013. Por tanto, esta antología sobre el 68 abarca sus estelas, relecturas y memorias contenidas en otros movimientos.

El libro cierra con un epílogo que consiste en una revisión muy general de los casos particulares de Sudáfrica, Senegal y Túnez, a partir de lo cual Pablo Bonavena muestra la particularidad de las protestas en países sujetos a relaciones coloniales e invita a pensar de manera comparada en las especificidades de las movilizaciones estudiantiles de la región.

A raíz de la diversidad, aquí no seguimos el orden por países, sino que los capítulos están agrupados considerando sus articulaciones metodológicas, lo que permite además destacar con mayor precisión sus aspectos innovadores. Además, gracias al enfoque local empleado por los autores, y al estudio intensivo de fuentes diversas (prensa escrita, publicaciones oficiales, discursos estudiantiles, documentos hemerográficos), éstos logran tener una visión más profunda e integrada sobre los distintos actores que intervinieron en los movimientos que analizan. Cabe aclarar que el estudio del contexto local no implica que se pierda de vista la dimensión nacional, pues su

articulación es una constante en esta obra. Además, todos los textos están atravesados por una reflexión sobre los conflictos que se dieron entre las vanguardias políticas de corte revolucionario y los numerosos proyectos de cambio que se dibujaron a partir de la influencia de una “nueva izquierda”, la cual se alejaba del doctrinarismo de los partidos socialistas y comunistas fundados a principios del siglo en América Latina.

Para el caso mexicano, en “El ascenso de la izquierda a partir del ‘68 en la Universidad Autónoma de Puebla”, Gloria A. Tirado Villegas muestra los cambios en la militancia estudiantil poblana y el ascenso de las organizaciones democráticas en ese estado, la interlocución que establecieron sus líderes con los integrantes del Consejo Nacional de Huelga (CNH) durante el movimiento de 1968, así como su lucha por la defensa de una universidad democrática, laica y popular a principios de los años setenta. En este trabajo, Tirado teje con precisión el papel de dichas organizaciones, así como los ataques que recibieron por parte del gobierno estatal y de grupos de derecha como el Frente Universitario Anticomunista (FUA) y el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), en un contexto marcado por la importante presencia de la Iglesia católica.

Con estas divergencias como marco, en “Entre la reforma universitaria y la revolución proletaria. El movimiento estudiantil en Colombia (1971)”, Edwin Cruz Rodríguez analiza el caso colombiano y establece que a pesar de las dificultades generadas entre la vieja y la nueva izquierda, la gama de recursos aportados por las diferentes corrientes al interior de la misma —conocimientos sobre las estructuras organizativas, discursos— posibilitó a los estudiantes construir una identidad colectiva encaminada a proponer un proyecto crítico para la universidad nacional, así como lograr —con el apoyo de otros sectores sociales— conducir un movimiento que en 1971 constituyó un verdadero desafío para el gobierno de Misael Pastrana.

Por su parte, en “Antecedentes, desarrollo y repercusiones del ‘68 mexicano”, René Rivas Ontiveros también se refiere a las disputas ideológicas al analizar el desarrollo del movimiento estudiantil de 1968 en la Ciudad de México y valorar sus repercusiones a largo plazo. Evalúa su papel como detonante de la emergencia de nuevas trincheras políticas —en la prensa, en los sindicatos, en el movimiento urbano popular, etcétera— surgidas durante los setenta y ochenta, así como la

creación de nuevos partidos. Describe los flujos y reflujos de estas agrupaciones, hasta llegar a la conformación de organizaciones como el Partido de la Revolución Democrática (PRD) y Morena.

En ambos textos es claro el uso de herramientas conceptuales provenientes de las teorías de la acción colectiva, por lo cual se muestra la potencialidad de las miradas interdisciplinarias¹. Es de destacar que el conflicto ideológico entre las distintas corrientes políticas no es el punto de llegada de las investigaciones, sino el contexto en el que tienen lugar procesos más puntuales.

Este es el caso del trabajo de Ignacio González, quien —sin obviar los antecedentes históricos, ni descuidar el contexto regional y nacional— muestra en su artículo “El año breve. Los estudiantes brasileños en su 1968”, la forma en la que la represión gubernamental hacia el comedor estudiantil autogestionado de la Universidad de Rio de Janeiro, el 28 de marzo de 1968, detonó el surgimiento del *Frente Unida dos Estudantes do Calabouço* (FUEC), organización de la cual surgieron importantes liderazgos que, a su vez, contribuyeron a la expansión del movimiento estudiantil en ese estado.

Por su parte, en “De los Tucumanazos a los Hijxs del Tucumanazo. 40 años de lucha en defensa del comedor estudiantil”, Rubén Kotler y Diego Carrizo repasan las movilizaciones ocurridas en el 2013 en la Universidad de Tucumán —conocidas como la “Toma de facultades”— estableciendo que, si bien estas se dieron inicialmente por la defensa de los derechos estudiantiles y por la exigencia de seguridad para las mujeres al interior de las universidades, incorporaron también demandas como la autogestión del comedor y un boleto estudiantil gratuito. En este contexto, los estudiantes instalaron un comedor llamado “Comedor Estudiantil Autogestionado 27 de agosto, Hijxs del Tucumanazo”, haciendo referencia a las revueltas que tuvieron lugar en 1969, 1970 y 1972 en esa ciudad². A decir de los autores, esta nominación les sirvió como un elemento de identidad que les permitía conectar viejos y nuevos reclamos, reivindicar las luchas de generaciones anteriores y dotar de sentido histórico a su movimiento.

1 Los autores más importantes aquí recuperados de la sociología son Susan Tarrow, *El poder en movimiento* (Madrid: Alianza, 1997) y Alberto Melucci, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia* (México: El Colegio de México, 1999).

2 A partir de 1966 se dieron una serie de movilizaciones de los estudiantes tucumanos, en defensa de sus derechos conculcados por la dictadura, de la que también participaron los trabajadores que demandaban el no cierre de las fábricas. Las movilizaciones se concentraron en tres momentos: en mayo de 1969 se dio un primer Tucumanazo, en noviembre de 1970 revivieron las protestas, y en 1972 tuvo lugar el llamado Quintanazo.

Como vemos, en estos textos se retoman planteamientos de la historia social de los movimientos estudiantiles, logrando mostrar la importancia de los ámbitos cotidianos de sociabilidad juvenil en los procesos de subjetivación política³. Esta aproximación directamente vinculada con la noción de experiencia da cuenta de la forma en la que los participantes conformaron identidades colectivas en procesos complejos de resistencia ante la presión de las instituciones.

Francisco Rivera Tobar, Pablo Bonavena y Juan Sebastián Califa, en cambio, privilegian otros temas al plantear su estudio con herramientas surgidas de la historia social de las universidades. Para el caso chileno Francisco Rivera explica en “El 68 chileno: orígenes universitarios del triunfo y la derrota popular. 1961-1983”, que el gobierno de la Unidad Popular (1970-1973) dio un fuerte impulso a las políticas de extensión universitaria y de voluntariado con la intención de promover entre los estudiantes un mayor contacto con la realidad, impulsar un proceso de concientización social, así como un mayor compromiso político. Asimismo, demuestra que en la Universidad Técnica del Estado (UTE), en un ambiente social y político que se corría a la izquierda, dichas políticas se volvieron parte del mapa curricular. Lo contrario acontecía en la Pontificia Universidad Católica (UC), en la cual imperaba la presencia del Movimiento Gremialista integrado por sectores juveniles que defendían el carácter católico de la institución, que eran antireformistas y que restringían sus demandas políticas a temas estrictamente universitarios. Tras el golpe de estado que derrocó a Salvador Allende en 1973, el gremialismo se volvió hegemónico en la vida universitaria chilena.

Bonavena y Califa en “El ‘68 argentino. Luchas estudiantiles en los albores de un ascenso de masas” abordan también asuntos de política universitaria, pero en este caso analizan las estrategias implementadas por las autoridades argentinas para intentar contener la movilización estudiantil que se reactivó de cara a la conmemoración del cincuenta aniversario de la Reforma Universitaria en 1968. Los autores explican la implementación de normas de acceso y perma-

3 Los postulados de Maurice Agulhon sobre los ámbitos de sociabilidad han sido retomados en la historiografía latinoamericana sobre los movimientos sociales en general, y concretamente sobre los movimientos estudiantiles latinoamericanos. Véase Maurice Agulhon, *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2009); Mariano Millán, *Entre la universidad y la política. Los movimientos estudiantiles de Corrientes y Resistencia, Rosario, Córdoba y Tucumán durante la “Revolución Argentina”* (Buenos Aires: FLACSO, 2013); Melina Vázquez, Pablo Vommaro, Pedro Núñez y Rafael Blanco, comps. *Militancias juveniles en la Argentina democrática. Trayectorias, espacios y figuras de activismo* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2017).

nencia, que se volvían cada vez más restrictivas, y de leyes de operación que transformaban la estructura universitaria para debilitar la presencia de profesores, administrativos y estudiantes afines a la reforma estudiantil y a través de las cuales se buscaba no sólo revertir el avance de los movimientos estudiantiles de izquierda sino también prevenir la politización de los sectores aún desmovilizados.

Cabe apuntar que la atención centrada en lo que acontecía al interior de las universidades no implica que los claustros sean considerados aquí como espacios aislados de la vida social, ni un simple reflejo de lo que pasaba afuera, pues estos textos develan las dinámicas específicas de disciplinamiento estudiantil, siempre estableciendo contrastes con lo que sucedía en diferentes facultades, universidades y regiones⁴.

Finalmente, Yann Cristal y Vania Markarian presentan planteamientos de la mano de la historia cultural. En el primer caso, en “¿Veinte años no es nada?: Memorias, vínculos y representaciones del ‘68 en el movimiento estudiantil de los ‘80”, Cristal toma como eje la coyuntura abierta por las movilizaciones en contra de las políticas universitarias que tuvieron lugar en Buenos Aires en 1983, para realizar un análisis de las transformaciones en la narrativa la organización Franja Morada, brazo universitario de la Unión Cívica Radical (UCR). Buscando distanciarse de los estudiantes de los sesenta y setenta, Franja Morada construyó una imagen del movimiento capaz de encauzar los reclamos estudiantiles por los caminos institucionales, a pesar de lo cual conservaba ciertos tintes reformistas. A decir del autor, su narrativa fue adquiriendo un tono más institucionalizado al adaptarse a un clima en el que imperaba la defensa de la democracia. Además, después de la represión gubernamental hacia el movimiento estudiantil de 1986, imperó un ambiente de desencanto que derivó en la despolitización y el crecimiento de organizaciones estu-

4 Víctor Soria Algañaraz, “Reestructuración universitaria en clave autoritaria: política y accionar de los rectores de la Universidad Nacional de San Juan durante la última dictadura militar (1976-1983)”, *PolHis, Revista del Programa Interuniversitario de Historia Política*, no. 14 (2015): 237-255; Luciana Arridondo, “Universidad y Política: el movimiento estudiantil en los 80”, *La revista del CCC* 4, no. 11 (enero-abril, 2011); Mónica Beltrán, *La Franja. De la experiencia universitaria al desafío del poder* (Buenos Aires: Aguilar, 2013); Pablo Buchbinder, *Historia de las universidades argentinas* (Buenos Aires: Sudamericana, 2019); Rodrigo Motta, *Dictaduras militares. Brasil, Argentina, Chile e Uruguay* (Belo Horizonte: UFMG, 2015); Rodrigo Motta, *As universidades e o regime militar* (Río de Janeiro: Zahar, 2015).

diantiles como la Unión para la Apertura Universitaria (UPAU), que se definía como apolítica y se centraba en debatir temas estrictamente universitarios.

Desde otro ángulo, en “Sobre viejas y nuevas izquierdas. Los jóvenes comunistas uruguayos y el movimiento estudiantil de 1968”, Vania Markarian cuestiona las miradas generalizadoras sobre la existencia de posturas polarizadas irreconciliables entre la vieja y la nueva izquierda durante el ‘68 uruguayo, muestra las ambigüedades y paradojas que se dieron dentro del Partido Comunista Uruguayo —conformado por cuadros y líderes de una izquierda tradicional— al mismo tiempo que integraba a sectores influenciados por la nueva izquierda, abiertos a las expresiones culturales de una generación marcada por el consumo de masas. En este sentido, devela que emergieron ideas, discursos y prácticas de la llamada “nueva izquierda” dentro de una organización de la “vieja izquierda”.

Cristal y Markarian incorporan herramientas del análisis textual —de discursos, representaciones y narrativas— presentes en la historia sociocultural y, en el caso de Markarian, se señala el papel de la cultura como una arena de lucha muy importante durante este período. En este sentido, su propuesta va de la mano con la línea argumentativa de Eric Zolov, quien ha pugnado por la incorporación de las prácticas de la contracultura y la cultura de protesta como parte de las expresiones de la nueva izquierda⁵.

En conjunto, esta obra refleja el cambio de perspectiva que se ha dado en la historiografía reciente de los movimientos estudiantiles. No se dejan de lado temas como el estudio de la politización de los estudiantes en espacios más o menos formales, el análisis de las ideologías políticas o la denuncia de los dispositivos de terror gubernamentales implementadas para combatir los movimientos. Pero los autores complementan y complejizan el análisis al incorporar el estudio de las prácticas de control legal, de los ámbitos de sociabilidad informal y las dimensiones subjetivas, afectivas, simbólicas y estéticas presentes en la construcción de las identidades políticas.

Es importante señalar también que empieza a aparecer una lectura desde el género, en el caso de Gloria Villegas, quien menciona la participación de las mujeres en el movimiento en Pue-

5 Eric Zolov, “Expanding our Conceptual Horizons: The Shift from an Old to a New Left in Latin America”, *Contracorriente* 5, no. 2 (2008): 47-73.

bla; en Vania Markarian tenemos una reflexión sobre las implicaciones políticas de las relaciones intergeneracionales, cuando explica la existencia de un debate dentro del partido comunista entre una corriente que defendía la centralidad del papel del proletariado en la lucha política, argumentando su desconfianza de lo que consideraban una juventud pequeñoburguesa impaciente e “infantil” de la nueva izquierda. Finalmente, el trabajo de Yann Cristal incorpora el análisis sobre la percepción de las pertenencias generacionales de las organizaciones estudiantiles, cuando señala la forma en la que los militantes de la organización Franja Morada buscaron durante las movilizaciones de 1986 en Buenos Aires, distanciarse del tipo de militancia de los sesenta y setenta, a las que consideraban muy radicales.

En conclusión, cada uno de los artículos aquí presentados refiere a un análisis sobre el 68 desde el estudio de las posturas ideológicas de los actores. Asimismo, muestran cómo las narrativas de los militantes de las organizaciones estudiantiles de diferentes corrientes ideológicas estaban atravesados por argumentos ideológicos y para descalificar a los estudiantes de izquierda se les representaba como enemigos peligrosos, traidores, antipatriotas o irracionales. Por otra parte, presentan elementos innovadores, pues muestran que estos debates también están cruzados por el género, la edad y la generación, etc. Por lo tanto, el texto da cuenta de –o refleja– una transición en la historiografía política tradicional, nutriéndose con herramientas de la historia social y cultural.